

cho de la fachada, con agilidad, y ella, asomada á la ventana, le siguió con la vista.

Había cogido el ramo de violetas, y lo aspiraba para disipar la fiebre. Y cuando Feliciano atravesó el Cercado y levantó la cabeza, vióla que besaba las flores.

Apenas Feliciano había desaparecido por detrás de los sauces, Angélica se alarmó, oyendo abajo abrir la puerta de la casa. Daban las cuatro, y nadie se levantaba nunca hasta dos horas después. Aumento su sorpresa al ver á Hubertina, cuando, por lo regular, Hubert bajaba el primero.

Vióla pasear lentamente por el estrecho jardín, los brazos caídos, pálida la cara á la luz de la mañana, como si se ahogase en su habitación después de una noche ardorosa de insomnio.

Hubertina era todavía hermosa; iba vestida con un sencillo peinador; la cabellera atada de prisa; parecía á la vez muy cansada, dichosa y desesperada.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1939
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, Angélica, en cuanto despertó, corrió á la ventana: había dormido ocho horas, con uno de esos sueños dulces y profundos que reposan de las grandes felicidades. El cielo era purísimo; continuaba el calor, á pesar de una gran tempestad que el día anterior la había inquietado, y gritó alegremente á Hubert, que abría los postigos del piso bajo:

—¡Padre, padre, hace sol! ¡Qué contenta estoy! La procesión será muy hermosa...

Y de prisa y corriendo se vistió y bajó.

Era el 28 de Julio, día en que la procesión del Milagro recorría las calles de Beaumont. Todos los años, día tan señalado se festejaba en casa de los Hubert: no se tocaba ni una aguja y se pasaba el día arreglando la casa, de un modo tradicional que las madres legaban á las hijas hacia cuatrocientos años.

Angélica, tomando apresuradamente su café con leche, se ocupaba ya de las colgaduras.

—Madre: habría que repararlas para ver si estan en buen estado.

—Tenemos tiempo, contestó Hubertina con acento tranquilo. No las pondremos hasta mediodía.

Se trataba de tres paños admirables, de bordado antiguo, que los Hubert conservaban devotamente, como una reliquia de familia, y que sacaban una vez al año, el día de la procesión.

La víspera, según costumbre, el maestro de ceremonias, el buen Padre Cornille, había ido de casa en casa advirtiendo á los habitantes el camino que seguiría la imagen de Santa Inés, acompañada por Monseñor, que llevaría el Santísimo. El itinerario era el mismo hacía cinco siglos: la salida era por la puerta de Santa Inés, luego la calle de los Plateros, la calle Mayor y la calle Baja: después de atravesar la ciudad nueva volvía por la calle Magloire y la plaza del Claustro para entrar por la fachada principal. Los vecinos del curso de la procesión rivalizaban en colgar las ventanas con las telas más ricas y en sembrar los guijarros del arroyo, de rosas deshojadas.

Angélica no se calmó hasta que la permitieron sacar las tres piezas bordadas, del cajón donde dormían todo el año.

—¡No tiene nada, nada! murmuró encantada.

Cuando se les quitó con cuidado los papeles de seda que los protegían, aparecieron los tres consagrados á María: la Virgen recibiendo al Angel; la Virgen llorando al pie de la Cruz, y la Virgen subiendo al cielo. Eran del siglo XV; de seda matizada sobre fondo de oro, y se conservaban maravillosamente. Los bordadores, que no habían aceptado fuertes cantidades que por ellos les ofrecían, tenían á mucho orgullo el poseerlos.

—Madre: ¡yo los colgaré!

Era cosa grave. Hubert pasó toda la mañana limpiando la antigua fachada: con una escoba atada á un palo largo barrió el polvo de las maderas que sostenían los ladrillos; hasta las vigas del alero; después lavó, con una esponja, el basamento de piedra y la torrecilla de la escalera hasta donde pudo alcanzar. Hecho esto, las tres piezas bordadas pasaron á ocupar su sitio: Angélica las colgó por las anillas, de los clavos seculares: la Anunciación bajo la ventana de la izquierda, la Asunción en la de la derecha; la del Calvario tenía

los clavos por encima del gran ventanal del piso bajo y tuvo que subir á una escalera para colgarla. Antes había adornado con flores las ventanas, y la antigua morada parecía haber vuelto á los tiempos de su juventud, gracias á los bordados de seda y oro, radiantes á la luz de un hermoso sol de día de fiesta.

Después del almuerzo, la calle toda de los Plateros se animaba: para evitar el fuerte calor, la procesión no salía hasta las cinco, pero la calle se preparaba y se adornaba desde el mediodía.

Frente á la casa de los Hubert, el platero colgaba la suya con damascos azul celeste con una franja de plata, y el cerero de al lado exhibía las cortinas de sus ventanas, que eran de algodón rojo, y parecía á la luz del día que manaban sangre. Y en cada casa había otros y otros colores, una gran prodigalidad de telas, lo mejor que cada uno tenía, hasta las alfombrillas de la cama, y todo se movía al soplo pesado de la ardiente tarde, llenando la calle con alegría que estallaba llena de estremecimientos, semeándola á una galería engalanada á cielo abierto. Todos los vecinos andaban, empujándose, hablando en voz alta como si estuvieran en su casa; unos pasando objetos que les llenaban los brazos, los otros trepando, clavando y gritando. Sin contar el altarcito que se levantaba en la esquina de la calle Mayor, y que traía muy ocupadas á las mujeres de la vecindad, que acudían á llevar jarros y telas planchadas para el altarcito de la calle.

Angélica llevó los dos candelabros, del tiempo del Imperio, que adornaban la chimenea del salón. No había parado un momento en toda la mañana, sin cansarse, sintiéndose ligera y como sostenida por su gran alegría interior. Al volver, con el cabello al aire, deshojando rosas en un cesto, Hubert la dijo en tono de burla:

—No te cansarás tanto el día de tu boda. ¿Eres tú la que se casa?

—Sí, sí, yo soy la novia, contestó Angélica alegremente.

Hubertina á su vez se sonrió:

—Ahora que la casa está arreglada, deberíamos subir para vestirnos.

—En seguida, madre. Estoy llenando el cesto.

Acabó de deshojar las rosas que guardaba para echarselas á Monseñor. Llovían los pétalos entre sus dedos delgados, y ya el cesto estaba lleno hasta los bordes, ligero, perfumado . . . Angélica desapareció por la estrecha escalera de la torrecilla, diciendo entre risas:

—¡Pronto bajo! Me voy á poner más hermosa que una estrella.

La tarde adelantaba, y la fiebre activa de Beaumont de la Iglesia se había calmado. Ahora la expectación estremecía las calles, al fin preparadas y llenas de mil cuchicheos discretos. El fuerte calor había disminuido con el sol, ya oblicuo, y entre las cosas apretadas no caía del cielo pálido más que una sombra tibia y fina, llena de tierna serenidad. El recogimiento era muy hondo, como si toda la ciudad vieja se hubiese transformado en prolongación de la Catedral. No se oía otro ruido de coches que el que subía del otro Beaumont, de la ciudad nueva, á orillas del Ligneul, en la cual había muchas fábricas que seguían trabajando, como desdefiándose de festejar aquella antigua solemnidad religiosa.

Al las cuatro, la campana mayor del campanario del Norte, la misma que conmovía de arriba abajo la casa de los Hubert, empezó á sonar, y en el mismo instante aparecieron Angélica y Hubertina, ya vestidas. Esta última llevaba un traje de tela cruda, adornado con una modesta puntilla de hilo; pero el talle era tan juvenil, á pesar de su potente redondez, que parecía la hermana mayor de su hija adoptiva. Angélica se había puesto el traje de *foulard* blanco, y nada más; ni una joya en las orejas ni en las muñecas, nada más que sus manos

desnudas, y el cuello también desnudo; nada más que el raso de la piel, saliendo de la tela ligera como una flor entreabierta. Un peine invisible, puesto de prisa, sujetaba apenas los rizos de sus cabellos, medio levantados, rubios como el sol. Resultaba cándida á la par que altanera, llena de ingenua sencillez y hermosa como una estrella.

—¡Ah! dijo: ya tocan. Monseñor, que sale del Palacio episcopal.

Seguía la campana resonando gravemente en lo alto, en aquel cielo purísimo. Los Hubert se instalaron en la ventana baja, abierta de par en par: las dos mujeres apoyadas en el pasamanos, y el hombre, de pié, detrás. Eran los sitios de costumbre, donde podían verlo todo bien y ser los primeros en presenciar la salida de la procesión desde el fondo de la iglesia, sin perder ni un cirio de todo el desfile.

—¿Dónde está el cesto? preguntó Angélica.

Hubert le dió el cesto lleno de rosas deshojadas, que Angélica cogió en brazos, apretándolo contra el pecho.

—¡Ah, qué campana! murmuró. ¡Parece como que nos mece.

Y siguió la espera: en tanto la casita toda vibraba, llena del vuelo de la campana. Las calles, el barrio todo, esperaban como presas de un estremecimiento, mientras las colgaduras medio se levantaban, pero con más languidez, á impulsos del aire de la tarde. El perfume de las rosas era suavísimo.

Transcurrió una media hora. Luego, de pronto, las dos mamparas de la puerta de Santa Inés se abrieron, y aparecieron las profundidades de la iglesia, salpicadas con las llamas de los cirios encendidos. Primero salió el crucífero, un subdiácono revestido de alba, con dos acólitos que llevaban un hachón encendido. Detrás de ellos, muy apresurado, el buen Padre Cornille, que después de haberse cerciorado del buen arreglo de la calle, se detuvo en el pórtico un momento, presenciando la sali-

da para comprobar que cada uno estaba en su sitio. Ahí en la marcha las cofradías de seglares, asociaciones piadosas, escuelas y colegios, por orden de antigüedad. Había niños muy pequeños, y niñas vestidas de blanco, que parecían novias; muchachitos rizados y con la cabeza descubierta, vestidos como príncipes con la ropa de los domingos, y que en cuanto salían buscaban á sus madres con la vista. Un chico de nueve años iba en medio, vestido de San Juan Bautista, con una piel de carnero sobre sus delgados hombros desnudos. Cuatro muchachas, llenas de cintas de color de rosa, llevaban un pavés ligero, con un haz de trigo maduro. Luego venían otras jóvenes mayores, agrupadas alrededor de un pendón de la Virgen. Señoras vestidas de negro, también con un estandarte de seda carmesi con San José bordado, y otros y otros pendones, de terciopelo y de raso, que se balanceaban en lo alto de los dorados palos. Las cofradías de hombres no eran menos en número; había penitentes de todos colores, sobre todo penitentes grises, vestidos con una tela oscura y capuchón, y cuyo emblema causaba sensación: una cruz grande adornada con una rueda, de la cual colgaban, clavados, los atributos de la Pasión.

Angélica lanzó una exclamación de ternura en cuanto aparecieron los niños:

—¡Angelitos! Miren ustedes.

Había uno que no alzaba del suelo lo que una bota de montar tendría tres años, y se adelantaba vacilando y orgulloso; tan gracioso, que Angélica metió la mano en el cesto y le echó un puñado de flores, que le taparon: tenía rosas en los hombros y entre los cabellos, y la risa llena de ternura que su paso provocaba fué extendiéndose de casa en casa, y empezaron á llover flores de todas las ventanas.

En el silencio zumbante de la calle sólo se oía el sordido pisoteo de la procesión, en tanto que los puñados de flores caían al suelo con silencioso vuelo. Al poco rato estaba materialmente alfombrado de ellas.

Tranquilo en lo tocante al buen orden de los seglares, el Padre Cornille se impacientó, lleno de inquietud al ver que el cortejo religioso estaba parado hacia dos minutos, y volvió de nuevo á la cabeza de la procesión, saludando al pasar, con una sonrisa, á los Hubert.

—¿Qué tienen que no andan? dijo Angélica, que sentía ya una especie de fiebre, como si esperase su felicidad del otro extremo de la procesión.

Hubertina contestó con su voz plácida:

—¿Para qué tienen que correr?

—Algún estorbo: quizá están acabando algún altarcito, dijo Hubert.

Era que las Hijas de María se habían detenido para entonar un cántico, y sus agudas voces resonaban en el aire puro, con limpidez cristalina.

De nuevo empezó, la marcha, y el desfile volvió á seguir.

Ahora ya, después de los seglares, empezaba el clero á salir de la iglesia: primero los inferiores en dignidad. Todos con sobrepelliz: al salir del pórtico se ponían el bonete: llevaban un cirio encendido, los de la fila de la derecha con la mano derecha, los otros con la izquierda, por la parte de afuera, formando una doble línea de llamas que se movían y que resultaban casi apagadas á la luz del día. Primero el Seminario, las parroquias, las colegiatas: luego los curas y los beneficiados de la Catedral, seguidos de los Canónigos, que llevaban capas pluviales. Entre ellos, los chantres, con capas de seda roja, que habían entonado una antífona á plena voz, contestando el clero todo con un canto más ligero.

Surgió muy puro el *Pange Lingua*; se oía crujir las mangas de las sobrepellices, que tamizaban con sus estrellas de oro pálido las llamas de los cirios.

—¡Oh! ¡Santa Inés! murmuró Angélica.

Y envió una sonrisa á la santa imagen, que cuatro

sacerdotes con sobrepelliz llevaban en unas andas de terciopelo azul, con puntilla. Angélica, cada año, se sorprendía al verla fuera de la oscuridad donde velaba hacia largos siglos: parecía otra en plena luz, con su traje de largos cabellos de oro. Era vieja, y, sin embargo, muy joven, con sus manecitas y sus piecitos delgados, y su delicada cara de niña, ennegrecida por los años.

Monseñor debía ir detrás: ya se oía que venía de la iglesia el ruido de los incensarios al balancearse.

Hubo cuchicheos... Angélica dijo:

¡Monseñor, Monseñor!

Y en aquel instante, con los ojos puestos en la Santa que pasaba, recordaba las pasadas historias, los poderosos marqueses de Hauteceur librando a Beaumont de la peste, por la intervención de Santa Inés; Juan V y todos los de su raza yendo á arrodillarse delante de ella, fervientes devotos de su imagen, y les veía á todos, los señores del milagro, desfilando uno á uno como procesión de príncipes.

Quedaba un ancho espacio vacío: luego se adelantaba el capellán encargado de llevar el báculo, manteniéndolo derecho, con la parte curva hacia atrás. Luego dos turiferarios que caminaban de espaldas, balanceando incensarios con golpes contenidos, teniendo cada uno á su lado un acólito con la naveta. El palio de púrpura roja, adornado con borlas de oro, fué sacado con bastante dificultad por uno de los dos huecos de la puerta. Pero el orden se restableció rápidamente, y las autoridades previamente designadas cogieron las varas del palio. Debajo, entre sus diáconos de honor, iba Monseñor, la cabeza desnuda, y en los hombros la archa blanca, cuyos extremos rodeaban sus manos, que sostenían al Santísimo muy alto, sin tocarlo.

Los turiferarios se apartaron un poco, y los incensarios, lanzados con fuerza, cayeron cadenciosamente, dejando oír el ruido argentino de las cadenitas.

¿Dónde había conocido Angélica á alguien parecido á Monseñor? El recogimiento humillaba todas las cabezas; pero Angélica, con la cabeza medio inclinada, le miraba. Era alto, delgado, lleno de nobleza y soberbiamente joven para sus sesenta años. Sus ojos de águila relucían: la nariz, un tanto pronunciada, acentuaba la autoridad soberana de su cara, endulzada por su cabellera blanca, en rizos espesos: se fijó en lo pálido de la tez, donde le pareció ver que subía una oleada de sangre. Quizá no era más que el reflejo del sol de oro que sostenía con sus manos cubiertas, y que le hacían aparecer rodeado de mística claridad.

No cabía duda para Angélica: una fisonomía parecida á aquella surgía del fondo de su alma.

Desde los primeros pasos Monseñor había empezado los versículos de un salmo, que recitaba en voz baja con sus diáconos alternativamente. Y Angélica se echó á temblar cuando le vió volver los ojos hacia la ventana en que estaba, tan severo le parecía, con una frialdad altanera y como si condenara la vanidad de las pasiones humanas. Sus miradas se habían dirigido á los tres tapices bordados: María visitada por el Ángel; María al pié de la Cruz; María subiendo al cielo. Parecieron animarse: luego se bajaron y se fijaron en ella, sin que la pobre, en su turbación, pudiera adivinar si palidecieron de dulzura, pues de pronto volvieron al Santísimo, inmóviles, y se apagaron en el reflejo del áureo sol que con sus manos sostenía. Los incensarios seguían balanceándose, cayendo con el ruido de las cadenitas, en tanto que subía por el aire una nubecilla de incienso.

El corazón de Angélica latió como si fuera á estallar; venía detrás del palio, la mitra; Santa Inés, arrebatada por dos ángeles, la obra bordada hilo á hilo por su amor, que un sacerdote llevaba devotamente, con los dedos cubiertos por un velo, como cosa santa. Y luego, allí, entre los séglares que seguían, en el montón de empleados, ofi-

ciales y magistrados, vió á Feliciano en primera fila, rubio y esbelto; de frac, con los cabellos rizados, la nariz recta, un tanto pronunciada; los ojos negros, impregnados de altiva dulzura. Le esperaba, y no se sorprendió al verle al fin transformado en príncipe, y á la mirada inquieta que él la dirigió implorando perdón por su engaño, contestó con clarísima sonrisa.

—Mira, murmuró Hubertina estupefacta: ¿no es ese el joven...?

Le había también reconocido, y se alarmó al volverse hacia Angélica y verla transfigurada.

—¿De modo que nós ha engañado?... ¿Por qué? ¿Tú lo sabes? ¿Sabes quien es?

—Sí, quizá lo sabía. Una voz ahora respondía en su interior á preguntas que recientemente se había hecho. Pero no se atrevía ni quería preguntarse nada. Cuando llegase la ocasión se sabría todo, y en un movimiento tumultuoso de pasión y de orgullo sentía que el momento se aproximaba.

—¿Qué pasa? preguntó Hubert inclinándose.

—No estaba nunca en lo que sucedía; cuando su mujer le señaló al joven, ni siquiera le reconoció.

—¿Ese? Te equivocas. ¿Es posible?

Entonces Hubertina fingió haberse engañado: era lo más prudente; después se informaría.

Entretanto la procesión, que se había parado nuevamente para que Monseñor, en la esquina de la calle, incensase al Santísimo, depositado entre las flores del altarito, púsose otra vez en marcha: Angélica, cuya mano se había distraído en el fondo del cesto, teniendo cogido el último puñado de hojas de rosa, arrojó las flores, en medio de su turbación, énsimismada. Precisamente Feliciano había empezado á andar, y dos pétalos, balanceándose ligeramente, revolotearon y se posaron en sus cabellos.

Se había acabado; el palio había dado la vuelta y estaba ya en la calle Mayor; la cola del cortejo pasaba

rápidamente, dejando la calle desierta, recogida, como aletargada en su fe soñolienta, con la exhalación un tanto áspera de las rosas pisoteadas. Y á lo lejos se oía, cada vez más débil, el ruido argentino de las cadenas, que caían á cada golpe del incensario.

—¿Quieres, madre? dijo Angélica. Podríamos ir á la iglesia para verles volver.

El primer movimiento de Hubertina fué negativo; pero luego, con el deseo de cerciorarse, consintió.

—Bueno, dentro de un rato, ya que esto te gusta.

Pero había que esperar. Angélica, que había subido á cada minuto se asomaba á la ventana, que había quedado abierta de par en par; miraba al extremo de la calle, alzaba los ojos como para preguntar al mismo cielo, y hablaba en alta voz, siguiendo la procesión paso á paso.

—Ahora van por la calle Baja. ¡Ah! ahora desembocan en la plaza, enfrente de la suprefectura. No se acaban nunca las calles de Beaumont de la Ciudad. Y luego ¡para el gusto que tienen aquellos mercaderes de telas en ver a Santa Inés!

Cerníase en el cielo una finísima nube rosada, formando como una áurea celosía.

En la inmovilidad del aire se adivinaba que toda vida civil estaba suspendida; que Dios había dejado su casa, donde el mundo esperaba que le llevasen de nuevo, para volver á las diarias ocupaciones.

Enfrente, los damascos azules del platero, las rojas cortinas del cerero seguían adornando las fachadas. Las calles parecían dormir, y de la una á la otra se sentía el lento desfile del clero, cuya marcha en cada uno de los puntos de la ciudad se podía seguir fácilmente.

—Madre, te aseguro que están á la entrada de la calle Magloire. Van á subir la cuesta.

Mentía, porque no eran más que las seis y media, y la procesión no estaba de vuelta nunca hasta las siete y

cuarto. De sobra sabía que el palio debía estar entonces por el muelle del Ligneul. ¡Pero tenía tanta prisa!

—Madre, vamos, vamos: si no, no tendremos sitio.

—Vamos, ven, acabó por decir Hubertina, sonriendo á su pesar.

—Yo me quedo, dijo Hubert. Voy á descolgar los tapices, y luego pondré la mesa.

La iglesia les pareció vacía, no estando en ella Dios.

Estaban abiertas de par en par las puertas, como una casa desarreglada que espera la vuelta del amo. Entraba poca gente; sólo el altar mayor, sarcófago severo de estilo romano, relucía en el fondo de la iglesia, estrellado de cirios; todo el resto de la vasta nave, las naves laterales, las capillas, se llenaban de sombras con la caída del crepúsculo.

Para hacer tiempo, Angélica y Hubertina dieron la vuelta á la iglesia. Abajo el edificio se aplastaba, y columnas panzudas sostenían los medios puntos de las laterales. Anduvieron á lo largo de las negras capillas, enterradas como criptas. Luego, cuando atravesaron la puerta principal por debajo de la galería de los órganos, se sintieron como aliviadas de un peso al levantar los ojos hacia los altos ventanales góticos de la nave que en gracioso vuelo se elevaban encima de la pesada base románica. Siguiéron por la nave lateral del mediodía, y volvió de nuevo el ahogo; pero en los cuatro ángulos del crucero se elevaban cuatro enormes columnas que subían de un golpe, para sostener la bóveda; allí había todavía una tibia claridad, el adiós postrero del día en las rosetones de las fachadas laterales. Subieron los tres peldaños que conducen al coro, y dieron la vuelta por el contorno del ábside, la parte más antiguamente construida, enterrada como un sepulcro. Durante breves instantes, junto á la antigua verja, muy trabajada, que cerraba por completo el coro, detuviéronse para ver brillar el altar mayor, cuyas luces se reflejaban en la vieja encina barnizada de las

sillas del coro, muy floridas con sus esculturas. Y así volvieron al punto de partida, levantando de nuevo la cabeza, pareciéndoles que sentían el vuelo de la nave, en tanto que las tinieblas crecientes se hundían y agrandaban los muros, en los que se desvanecían restos de oro y de pintura.

—¡Ya sabía yo que era muy temprano! murmuró Hubertina.

Angélica, sin contestar, murmuró:

—¡Qué grande es!

Parecíala que no conocía la iglesia, y que la veía por primera vez. Erraban sus ojos por las filas inmóviles de sillas; iban al fondo de las capillas, de las que no se adivinaban más que las tumbas, y las viejas losas funerales en un redoblamiento de sombra; dieron en la capilla Hauteceur, reconocieron la vidriera ya recompuesta, con su San Jorge, vago como una visión, en la luz del crepúsculo moribundo. Y sintió una gran alegría.

En el mismo momento un sacudimiento animó la Catedral toda: la campana mayor volvía á sonar.

—Al fin, dijo Angélica: ahí están. Ya suben la calle Magloire.

Esta vez era verdad. Una ola de gente invadió las naves laterales, y á cada minuto se sentía acercarse la procesión, con el voltar de las campanas y la oleada del aire que venía de fuera, por la puerta principal abierta. Dios estaba de vuelta. Angélica, apoyada en el hombro de Hubertina, y de puntillas, miraba la puerta abierta que se recortaba en el pálido crepúsculo de la plaza del Claustro.

Primero reapareció el subdiácono con la cruz y los dos monaguillos con sus candeleros: detrás el maestro de ceremonias, el Padre Cornille, resoplando, rendido de cansancio. Cada uno que entraba destacaba en el dintel de la puerta, durante un segundo, su silueta limpia y vigorosa, que luego se anegaba en las tinieblas

interiores. Los seculares, los colegios, las asociaciones, las cofradías con sus banderas, que parecían velas, se balanceaban un momento en el aire y de pronto se les tragaba la sombra. Volvióse á ver el pálido grupo de las Hijas de María, que entraban cantando con voces agudas de serafines.

La Catedral seguía tragando, y la nave iba lentamente llenándose, situándose los hombres á la derecha, las mujeres á la izquierda.

Ya era de noche: á lo lejos, en la plaza, brillaban chispitas, centenares de lucecitas que oscilaban. Llegó su vez al clero, con los cirios encendidos por la parte de fuera de las filas, doble cordón de llamas amarillas que cruzó la puerta. No se acababa nunca; los cirios se sucedían, se multiplicaban; el seminario, las parroquias, la Catedral, los sochantres cantando la antifona á plena voz, los Canónigos revestidos de capas pluviales blancas. Y poco á poco se fué iluminando la iglesia, poblóse de aquellas llamas, encendida, acribillada de centenares de estrellas, como una noche de verano.

Había dos sillas desocupadas, y Angélica se subió á una de ellas.

—Baja, le dijo Hubertina. Está prohibido.

Pero Angélica no cedía.

—¿Por qué está prohibido? Quiero verlo. ¡Es tan hermoso!

Y acabó por convencer á su madre de que subiese á la otra silla.

Ahora ya toda la Catedral chispeaba. La ola de cirios que la atravesaba encendía reflejos en las bóvedas aplastadas de las naves laterales, y en el fondo de las capillas donde brillaba el cristal y el oro de los altares. Hasta en el contorno del ábside y en las criptas sepulcrales se encendían los reflejos. El coro brillaba, con su altar mayor encendido, las sillas talladas relucientes, y la verja antigua, cuyas rosas se destacaban sobre la claridad, en negro. Y la elegante altura de la nave se

acentuaba más y más: abajo con las pesadas columnas panzudas sosteniendo los arcos, arriba los haces de columnitas adelgazándose, floreciéndose entre los arcos rotos de las ojivas, todo con impulso de fé y de amor que parecía ser la irradiación misma de la luz.

Entre el ruido de pisadas y el mover de las sillas se oyeron nuevamente las claras cadenas de los incensarios. Y de golpe, los órganos empezaron en seguida una amplia frase musical, que desbordó y llenó las bóvedas con un rumor de trueno. Era Monseñor, que todavía estaba en la plaza. En el mismo momento Santa Inés, siempre conducida en andas por los sacerdotes con sobrepelliz, atravesaba el ábside, con la cara como apaciguada ante las luces de los cirios, dichosa al volver á su sueño de cuatro siglos. Al fin, precedido del báculo y seguido por la mitra, entró Monseñor con el Santísimo, sosteniéndole con las dos manos envueltas en la banda blanca. El palio, que era llevado por el centro de la nave, se detuvo junto á la verja del coro, donde hubo alguna confusión, y el Obispo tuvo que acercarse y casi confundirse con las personas del séquito.

En cuanto Feliciano apareció detrás de la mitra, Angélica no le perdió de vista, y como un momento se encontró empujado al lado derecho del palio, vió con la misma mirada la cabeza blanca de Monseñor y la cabeza rubia del joven.

Una llama pasó por sus ojos, y cruzando las manos, dijo en voz alta:

—¡Oh Monseñor y el hijo de Monseñor!

Al fin descubrió el secreto: fué aquello el grito involuntario, la luz que al fin se hacía, gracias al brusco contacto de aquella repentina semejanza. Quiza en su interior lo sabía, pero sin atreverse á decírselo, en tanto que ahora la cosa aparecía de golpe y la deslumbra. Y de todas partes, de sí misma y de las cosas, surgían recuerdos que daban el mismo grito.

Hubertina, sorprendida, murmuró:

—¿Ese joven, el hijo de Monseñor?

Alrededor de las dos mujeres se había agrupado mucha gente; eran muy queridas, y se las admiraba: la madre, adorable, todavía con su vestido sencillo; la hija, graciosa como un ángel, con su traje de *foulard* blanco, ligero como pluma. Estaban muy hermosas, y tan á la vista subidas así en las sillas, que se levantaron hacia ellas muchas miradas distraídas.

—Sí, mi buena señora, dijo la tía Lemballeuse, que estaba en el grupo; sí, es el hijo de Monseñor. ¿No lo sabía usted? Pues es un joven muy guapo; y como rico, ¡oh! podría comprar la ciudad, si quisiera. ¡Millones y más millones!....

Hubertina escuchaba, muy pálida.

—¿No ha oído usted contar la historia? Su madre murió al darle á luz, y entonces fué cuando Monseñor se hizo sacerdote. Ahora se ha decidido á llamarle á su lado. Es Feliciano VII de Hauteceur, un verdadero príncipe, como quien dice.

Hubertina hizo un gesto como de disgusto; Angélica estaba radiante ante su ensueño, que se realizaba. Seguía sin asombrarse en lo más mínimo, convencida como estaba de que *él* debía ser el más rico, el más bello y el más noble; pero ahora su alegría era inmensa, perfecta, y sin temer los obstáculos, de los que ni se formaba idea. Al fin *él* se dejaba conocer, y á su vez se entregaba por entero. El oro chorreaba con las llamas de los cirios, los órganos cantaban la pompa de sus bodas, y la raza de los Hauteceur desfilaba á sus ojos regiamente, desde el fondo de la *Leyenda*. Norberto I, Juan V, Feliciano III, Juan XII, y luego el último, Feliciano VII, que volvía hacia ella su rubia cabeza. Era el descendiente de los primos de la Virgen, el señor y dueño, el Jesús soberbio, revelándose en su gloria, cerca de su padre.

En aquel instante Feliciano le enviaba una sonrisa, y Angélica no notó la mirada enojada de Monseñor, que

acababa de verla subida en la silla, sobresaliendo de la multitud, encendida la cara, orgullosa y apasionada.

—¡Ay, pobre hija mía! suspiró Hubertina desalentada.

Los sacerdotes y los acólitos se habían alineado á derecha é izquierda. El primer diácono tomó el Santísimo de las manos de Monseñor y lo puso sobre el altar. Luego vino la bendición final, el *Tantum ergo*, cantado á toda voz por los sochantres, el incienso de las navetas, humeando en los incensarios, el gran silencio repentino de la oración. Y en medio de la iglesia ardiente, desbordante de clero y de pueblo, bajo las bóvedas altísimas y aéreas, Monseñor subió al altar, cogió con las dos manos el gran sol de oro, que por tres veces agitó en el aire, haciendo lentamente la señal de la cruz.

